

El *World Council of Churches* y la Iglesia Católica: El diálogo ecumenico en el siglo XXI desde la identidad teológica y cultural

Manuel Cevallos Alcocer

Doctorando en Teología Oriental

Introducción

EL PANORAMA EN EL CUAL SE DESARROLLA el diálogo ecuménico ha cambiado mucho desde que se pusieron en marcha las iniciativas más significativas para fomentarlo. Una de esas iniciativas ha sido la fundación en 1948 del *World Council of Churches* (WCC). La Iglesia católica ha mantenido buenas relaciones con este organismo cuya finalidad principal es ofrecer una plataforma de diálogo entre todos los creyentes en Jesucristo Hijo de Dios.

Siendo el ecumenismo una de las áreas más importantes en el esfuerzo pastoral de la Iglesia, ofrecemos algunas reflexiones sobre el diálogo ecuménico en su dimensión teológico-cultural.

El impacto de los cambios políticos, económicos y sociales de las últimas décadas incide directamente en la identidad cultural y religiosa de las sociedades, y por lo tanto, de las confesiones cristianas. ¿Qué entendemos por identidad y cómo incide esta concepción propia en el diálogo ecuménico? Antes de entrar de lleno a nuestro cometido es importante aclarar algunos equívocos que se pueden dar al abordar el concepto de identidad.

Actualmente se da como hecho incontestable que para definir la propia identidad es ineludible el contacto con lo diverso. El hombre es llevado a asumir el pluralismo cultural-religioso bajo un presupuesto: la pluralidad enriquece su identidad y su tradición en un contexto de interculturalidad.

En realidad, este modo de concebir la identidad encierra el riesgo de someterla inexorablemente al intercambio con lo diferente, con lo que no es propio. También es cierto que el hombre existe inmerso en una cultura y es en este ámbito donde forja su identidad como individuo y como miembro de una colectividad. Indudablemente el contacto con otras realidades lo enriquece, pero la falta de contacto con otras concreciones culturales-religiosas no anula la identidad ni la deja incompleta. De suyo, la identidad se va cimentando en el seno de un contexto cultural, tenga o no

contacto con lo que no es propio. Sí se puede profundizar la tradición propia a la luz de la globalidad, pero no es condición indispensable para fraguarse.

Por otro lado, la identidad no queda restringida a lo que actualmente se es o a la esfera religiosa, sino que durante el proceso de conocimiento mutuo, quienes dialogan deben acogerse con apertura y descubrirse no sólo como son, sino como desean ser. El credo religioso aporta una dirección hacia la cual se encamina el desarrollo de la comunidad en su historia.

Ahora bien, es cierto que la división entre los cristianos se presenta hoy como una antinomia: no es una simple diferencia de enfoques, sino una especie de antítesis que nace desde el interior de la identidad propia (cultural-religiosa) de cada confesión cristiana. Pero también es cierto que las confesiones cristianas afirman una raíz común que las mueve al diálogo: el reconocimiento de Dios Uno y Trino, y de Jesucristo como único salvador del mundo. El hecho de que exista la no identidad entre ellas postula la búsqueda de la unidad.

Tal fue la idea que movió a Willem A. Visser't Hooft, al padre P. Couturier y a varios otros pioneros del ecumenismo del siglo XX a buscar la unidad de los cristianos “como Cristo quiera y por los medios que él quiera”. No obstante, los cristianos seguimos teniendo el ineludible compromiso de buscar la unidad entre quienes confesamos a Jesucristo como Hijo de Dios. Tal compromiso nos llama a dar testimonio de nuestra fe en el Dios Uno y Trino desde la propia tradición y desde diversos contextos culturales que, entre otras cosas, no han estado exentos del proceso de globalización.

Por todo ello, es necesario que el diálogo ecuménico durante el tercer milenio tenga en cuenta los dos polos que dan origen a la antinomia de la falta de unidad entre los cristianos: el aspecto teológico-doctrinal y el aspecto de la identidad cultural-religiosa. Es muy cierto que las diferencias doctrinales son el objeto directo del diálogo ecuménico, pero estas se han originado en contextos culturales concretos y, por lo tanto, el diálogo ecuménico en el tercer milenio debe ser un diálogo teológico *in-culturado*. Este es el reto para el diálogo ecuménico en el siglo XXI que afrontamos en las siguientes páginas.

Tratándose del diálogo que lleva a cabo la Iglesia católica, podemos hablar de una identidad propiamente católica. Así, la identidad no es un aspecto, al lado de la historia y la cultura, sino que es el fulcro de ellas.

En el presente trabajo, proponemos una posible respuesta para uno de los retos que afrontan dos de los más importantes interlocutores del diálo-

go ecuménico en el siglo XXI. Tanto el WCC como la Iglesia Católica buscan el reconocimiento y afirmación de la identidad teológico-doctrinal de las confesiones cristianas de cara a un diálogo ecuménico correctamente incultrado.

Primero veremos la identidad del WCC, su objetivo y las implicaciones que entrañan estos dos aspectos para el ecumenismo del tercer milenio. En un segundo momento, analizaremos cuáles son las contribuciones que la Iglesia Católica ofrece como aportación propia para afrontar los retos de un ecumenismo adecuadamente incultrado, es decir, cuál es su identidad teológica, su concepción del diálogo y su concepción de Iglesia.

Puestas tales bases, delinaremos algunas directrices válidas para todas las confesiones en el ámbito de la evangelización y el testimonio en un mundo globalizado y pluralista, teniendo en cuenta que recorreremos un camino a la unidad: profundizar teológicamente el concepto de Iglesia y de *koinonia*; incentivar el diálogo desde la propia identidad cultural-religiosa; ofrecer el testimonio de la caridad.

I. La identidad del WCC

El WCC ha tenido un papel relevante en la búsqueda de la unidad de los cristianos y por ello, creemos que para proponer una respuesta a los retos del ecumenismo es necesario analizar su identidad propia, ya que su objetivo y finalidad como instancia ecuménica es precisamente trabajar en pro de esta unidad: «Tenemos el deber de hacer evidente que el cristianismo es una unidad en la que la multiplicidad forma un único todo»¹. Tal compromiso nace de lo que el mismo WCC dice de sí mismo:

«El Consejo Mundial de las Iglesias es una asociación de iglesias que reconocen al Señor Jesucristo como Dios y Salvador de acuerdo a las Escrituras y por ello buscan llevar a plenitud conjuntamente su llamado común para Gloria del único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo»².

¹ «We have the duty to make evident that Christianity is a unity in which the many form a unique whole». WCC, *GEN 11 Final Statement from the Consultation Ecumenism in the 21st century*, n. 4. Esta y las sucesivas traducciones de los documentos originales del WCC en inglés son mías.

² «The World Council of Churches is a fellowship of churches which confess the Lord Jesus Christ as God and Saviour according to the scriptures and therefore seek to fulfil together their common calling to the glory of the one God, Father, Son and Holy Spirit». WCC, *Constitution and Rules of the World Council of Churches (as amended by the 9th Assembly, Porto Alegre, Brazil, February 2006)*, Constitution, Basis.

1. Asociación de iglesias – llamado común

El recordar cuál es el estatuto real del WCC como instancia ecuménica es de gran utilidad para aprovechar la riqueza que encierra su condición de interlocutor ecuménico y de su amplio bagaje de experiencias durante sus 63 años de vida. Hemos ya aludido a la definición que da *Constitution and Rules of the World Council of Churches*, según la enmienda de Porto Alegre; hay en ella dos elementos que nos invitan a reflexionar: su carácter de «asociación de iglesias» (*fellowship of churches*) y su conciencia de tutelar un «llamado común» (*common calling*) para la Gloria de Dios.

a) Asociación de iglesias

Algo que no podemos ignorar es la diferente concepción de Iglesia entre las distintas confesiones cristianas y por ello, el WCC ha formulado su estatuto en términos de asociación (*fellowship*). Como el mismo WCC sostiene en su documento *Common Understanding*, el término *fellowship* indica comunión y reconoce que tal comunión no se funda en una unidad *de facto*, sino en una realidad en construcción. Por un lado, podemos ver que no puede ser de otra manera precisamente por la diferencia doctrinal que entraña el término Iglesia (*Church*).

El concepto teológico que está en el pensamiento de fondo en la concepción de Iglesia como *fellowship* es el de *koinonia*. Este concepto neotestamentario encierra el misterio de la comunión del hombre con Dios y con sus hermanos, es decir, que tiene una dimensión vertical y una horizontal. Así, el WCC, en cuanto instancia ecuménica que desea promover esta “asociación”, está llamado a ejercer una mediación especial en el diálogo ecuménico. Si bien no pretende identificarse con ninguna confesión cristiana ni ser una meta-iglesia³, la mediación que puede ejercer en cuanto asociación de iglesias es una mediación de tipo teológico y cultural.

No olvidemos que de suyo, el cristianismo es meta-cultural y tiene toda la potencialidad para inculturarse en cualquier grupo humano respetando todo lo que de bueno hay en sus tradiciones y elementos de civilidad. El WCC tiene la gran misión de promover la experiencia de vida que aporta cada confesión en íntima relación con la identidad doctrinal que funda su desarrollo teológico. También es muy consciente de esta diversidad: «El compartir honestamente los puntos comunes, las divergencias y las dife-

³ Cf. WCC, *Towards a Common Understanding and Vision of the World Council of Churches*, 3.2.

rencias ayudará a todas las iglesias a aspirar a todo aquello que contribuya a la paz y a construir la vida común»⁴.

Sin duda que el mejor modo de incentivar estos dos aspectos es la promoción del diálogo ecuménico a nivel teológico y a nivel cultural. Volveremos más adelante sobre este aspecto.

b) *Llamado común*

En lo que ve a la misión del WCC como promotor del llamado común para la Gloria de Dios, podemos señalar que tal vocación consiste en asumir un compromiso de testimonio. En 1961, la *New Delhi Assembly* del WCC añadió al documento *Constitution and Rules* una explicitación sobre la dinámica del WCC: «Asociación de peregrinos en marcha conjunta hacia la misma meta»⁵.

A pesar de que durante estos 63 años desde la fundación del WCC ha habido dificultades y circunstancias históricas que ha hecho difícil el dinamismo ecuménico (por ejemplo, las guerras), se han dado pasos significativos en el orden social, tales como ayuda a refugiados, resistencia a discriminaciones raciales o de sexo, integración de los diferentes estratos de la sociedad en las comunidades, etc.

Ahora bien, el aspecto social no ha sido suficiente para llegar al verdadero testimonio cristiano que nos exige el mundo contemporáneo⁶. Es indispensable vivificar la labor social con el auténtico espíritu sobrenatural:

⁴ «The honest sharing of commonalities, divergences, and differences will help all churches to pursue the things that make for peace and build up the common life». WCC, *Text on ecclesiology called to be the one church: an invitation to the churches to renew their commitment to the search for unity and to deepen their dialogue*; in “The Ecumenical Review” (58) 1/2006.

⁵ «Fellowship of pilgrims moving together towards the same goal». WCC, *Common Understanding...*, 3.8.

⁶ En el fondo, el WCC tiene que estar particularmente atento a no caer en la perenne tentación de construir el Reino de Dios de modo puramente inmanente; un “reino” que dé respuesta a las necesidades reales del hombre a un nivel exclusivamente social, pero que no le ofrezca el testimonio de la realidad trascendente capaz de dar una orientación última a las vicisitudes humanas. Como decíamos antes, es una tentación que acecha a los cristianos de todos los tiempos, pero se hace particularmente insistente en nuestro mundo tan lleno de desigualdades, contrastes e injusticias. Con esto no queremos decir que no sea urgente la respuesta y la solidaridad hacia quienes más lo necesitan, pero la instancia social no agota el mensaje específicamente cristiano que el WCC pretende llevar en su calidad de “asociación de peregrinos con un llamado común”.

«Reconocemos en primer lugar la primacía de Dios: donde Él no está, nada puede ser bueno. Donde no se ve a Dios, el hombre decae y decae también el mundo. En este sentido, el Señor nos dice “Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33). Con estas palabras se establece un orden de prioridades para el obrar humano, para nuestra actitud en la vida diaria»⁷.

Lo anterior pone en evidencia que el llamado común tiene no solo una índole social, sino unas implicaciones teológico-doctrinales que no deben perderse de vista, pues tal como señalaba el documento *Common Understanding* en los números 3.10 y 3.12, el testimonio dado por la comunión en el culto y en la vida común, la misión evangelizadora y la misma vocación ecuménica se nutren de la concepción teológica inherente a cada una de las confesiones cristianas y sin una correcta comprensión de ellas, nuestro llamado común quedará sin una respuesta adecuada.

2. El Objetivo del WCC

Es indudable que el objetivo con el que fue instituido el WCC está impregnado de auténtico espíritu evangélico y tiene profundas raíces en el mensaje de nuestro Señor Jesucristo, pues desea que todos seamos uno como el Padre y Él son uno.

Para el siglo 21, el WCC afronta unos objetivos generales delineados en el documento *GEN 11 Final Statement from the Consultation Ecumenism in the 21st century*, particularmente en los números 13 a 18. Podemos sintetizar tales metas en los siguientes puntos:

- crear una cultura imbuida de una mentalidad ecuménica que facilite el diálogo para la unidad;
- promover la espiritualidad cristiana como base para la oración y la vida común entre las confesiones;
- reconocer la diversidad cultural como un factor de creatividad.

Estas tres directrices quedan englobadas en una cuarta: tomar conciencia de los cambios que se han dado en el movimiento ecuménico⁸. Preci-

⁷ J. RATZINGER – PAPA BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, Ed. Planeta, México, 2007; p. 180.

⁸ «The process of moving towards a new configuration of the ecumenical movement is urgent. Financial difficulties in many churches put pressure on the ecumenical movement to reconsider how it works. But the needs coming from a changing world also ask for a common agenda which harnesses collective energies to work together for the healing of the world. Moreover, a need is felt for more effective instruments in the quest for Christian

samente este último punto es el que nos permite entrever la importancia que reviste para el WCC el ahondar en su identidad y en su misión como promotor del diálogo. Es muy cierto que en los cambios que se van generando en el movimiento ecuménico influyen factores económicos y sociales; igualmente cierto es que tales cambios implican el cuestionamiento sobre el modo en que las confesiones están trabajando en los primeros tres puntos arriba mencionados; apelan también a analizar si las estructuras están a la altura de tales retos.

Por un lado, es necesario buscar estructuras más flexibles que faciliten la labor de conjunto de las confesiones cristianas⁹, pero los cambios no sólo deben darse en un nivel puramente funcional y estructural, sino que deben acompañarse de una profundización teológica. Es el diálogo ecuménico lo que debe estar en función de la identidad teológica doctrinal y no viceversa; se dialoga para llegar a una unidad visible y ésta nace de una necesidad netamente evangélica querida y revelada por Jesucristo. Es pues el plano teológico el que debe tener primacía en el diálogo, sin olvidar que simultáneamente se establece un intercambio espiritual, social y cultural entre creyentes concretos que conviven cotidianamente en culturas concretas.

3. Implicaciones

Con lo dicho anteriormente pasamos al tercer punto en nuestro análisis sobre la identidad del WCC de cara a los retos que le plantea el tercer milenio.

Es el mismo documento *GEN 11 Final Statement* el que nos proporciona la clave para nuestra reflexión:

«Reafirmación de las bases teológicas del Movimiento Ecuménico.- Afir-
mamos que el diálogo teológico sobre la naturaleza de la unidad y de la
Iglesia es una prioridad para todo el trabajo ecuménico y debe ser revitali-
zada. El documento *Faith and Order* del WCC tiene un papel central en
delinear el diálogo multilateral en materias –tanto teológicas como socia-
les– que unen y dividen a las Iglesias hoy, y en dar seguimiento y localizar
los múltiples diálogos bilaterales sobre la unidad de la Iglesia. [...] Reco-
mendamos vivamente que el WCC y las iglesias miembro continúen la re-
flexión teológica sobre la naturaleza de la Iglesia, particularmente en las

unity given the changing landscape of Christianity». WCC, *GEN 11 Final Statement*. . . n. 15.

⁹ Cf. *ibid.* n. 16.

comprensiones bíblicas y las diferentes interpretaciones teológicas sobre la Iglesia»¹⁰.

Aunque ya hemos aludido a ello anteriormente, conviene insistir en que la identidad teológico-doctrinal del WCC debe ser profundizada, de modo que las confesiones cristianas miembros encuentren un cauce teológico adecuado para poder exponer su identidad y puedan ser verdaderamente comprendidas en sus especificidades y de este modo aportar sus recursos tanto espirituales (oración, culto, testimonio de vida cristiana, obras de caridad) como materiales (ayuda a los necesitados, acción social). Sólo desde una correcta comprensión teológica y doctrinal se pueden transmitir aquellos elementos de verdad que cada confesión ha recibido del Señor y que son factores importantes para la unidad visible de todos los cristianos.

Como dice el mismo documento, en tal profundización tiene que tener un lugar especial la noción de Iglesia. Queda camino por recorrer, pero es indudable que dicho concepto debe estar al centro si el WCC quiere ser fiel a su identidad como asociación de iglesias que busca llevar a plenitud su llamado común para la Gloria de Dios.

II. La aportación de la Iglesia Católica

Como adelantamos en la introducción, presentaremos la aportación propia de la Iglesia Católica de cara a las líneas de respuesta requeridas para lograr un diálogo ecuménico inculturado en el siglo XXI: la doctrina sobre la iglesia, su identidad supra-cultural y su concepción del diálogo.

1. Su concepción de Iglesia

Al igual que hicimos con el WCC, procederemos evidenciando qué dice la Iglesia de sí misma:

«Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo

¹⁰ «A Reaffirmation of the Theological Basis of the Ecumenical Movement. - We affirm that theological dialogue about the nature of unity and the church is a priority for all ecumenical work and should be re-vitalized. The WCC's Faith and Order has a central role to play in shaping the multilateral dialogue on issues (both theological and social) uniting and dividing the churches today, and in monitoring and mapping the many bilateral dialogues on church unity. [...] We strongly recommend that the WCC and its member churches continue theological reflection on the nature of the church, particularly on the biblical understandings and different theological interpretations of the church». Cf. WCC *GEN 11 Final Statement*. . . , Recommendations, 1.

visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. [...] Esta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica, y que nuestro Salvador, después de su resurrección, encomendó a Pedro para que la apacentara (cf. Jn 21,17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cf. Mt 28,18 ss), [...]. Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él si bien fuera de su estructura se encuentren muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica»¹¹.

Volviendo al concepto de *koinonia*, anotábamos más arriba tal noción entraña una dimensión horizontal que se refiere a la comunión entre los creyentes y a la horizontal que alude a la comunión con Dios. Esta duplicidad de dimensiones apunta a un elemento que las mantenga unidas, si bien distintas: la sacramentalidad de la Iglesia.

En la tradición católica entendemos por sacramentalidad la cualidad que tiene la Iglesia de ser el instrumento visible de salvación en el cual Dios nos ha convocado para hacernos partícipes de su gracia. Unido a esto, está la mediación que ejerce la Iglesia en este camino de unión y participación del misterio de Dios. Ambos aspectos vienen realizados en los sacramentos y en la jerarquía, cuya naturaleza es sacramental. Tenemos así los elementos visibles de la Iglesia (sacramentos y jerarquía) y los invisibles (la comunión de cada hombre con el Padre en Cristo por el Espíritu Santo).

La Iglesia Católica reconoce también un estatuto especial a la Iglesia Ortodoxa en virtud de los estrechos vínculos que la unen a ella, tanto en su origen histórico como en el reconocimiento de los primeros 7 concilios ecuménicos: «Estas Iglesias, aunque separadas, tienen verdaderos sacramentos y, sobre todo por su sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía, se unen a nosotros con vínculos estrechísimos»¹².

Algo análogo podemos decir de las antiguas Iglesias del Oriente que rechazaron las formulaciones dogmáticas de los concilios de Éfeso y Calcedonia.

Por otro lado, la Iglesia Católica da el nombre de comunidades eclesiales a aquellas confesiones cristianas con quien mantiene vínculos históri-

¹¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 8

¹² CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis Redintegratio*, n. 15

cos y doctrinales, pero carecen de la sucesión apostólica, con todo lo que ello implica¹³. No obstante la falta de plena comunión,

«La Iglesia se reconoce unida por muchas razones con quienes, estando bautizados, se honran con el nombre de cristianos, pero no profesan la fe en su totalidad o no guardan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro. Pues hay muchos que honran la Sagrada Escritura como norma de fe y vida, muestran un sincero celo religioso, creen con amor en Dios Padre todopoderoso y en Cristo, Hijo de Dios Salvador; están sellados con el bautismo, por el que se unen a Cristo»¹⁴.

Al aclarar la comprensión del estatuto de la Iglesia Católica, la Ortodoxa, las antiguas Iglesias del Oriente y el de las confesiones cristianas nacidas de la Reforma, no pretendemos remarcar las diferencias por un motivo de menosprecio o rechazo, sino porque lo que está al centro es una razón doctrinal enraizada en la revelación misma, por lo cual, la Iglesia Católica la ha acogido siempre, desde los primeros Padres hasta sus ulteriores formulaciones, especialmente en la doctrina contenida en el Concilio Vaticano II en manera más explícita y definitiva. De hecho, al dar razón de su propia identidad, la Iglesia reconoce su vinculación con las otras iglesias y con las denominadas comunidades eclesiales; es algo esencial a su auto-comprensión y a su compromiso con el ecumenismo, que es ante todo un compromiso con la verdad.

2. Su identidad supra-cultural

Son significativas las palabras de Su Santidad Benedicto XVI cuando explica las raíces de la identidad cultural del cristianismo:

«Según una opinión común hoy, el cristianismo sería una religión europea, que habría exportado la cultura de este continente a otros países. Pero la realidad es mucho más compleja, pues la raíz de la religión cristiana se encuentra en el Antiguo Testamento y, por tanto, en Jerusalén y en el mundo semítico. El cristianismo se alimenta siempre de esta raíz del Antiguo Testamento. Su expansión en los primeros siglos se produjo tanto hacia occidente —hacia el mundo greco-latino, donde después inspiró la cultura europea— como hacia oriente, hasta Persia y hasta la India, contribuyendo así a suscitar una cultura específica, en lenguas semíticas, con una identidad propia»¹⁵.

¹³ Por ejemplo, la sacramentalidad es simplemente representativa y simbólica.

¹⁴ *Lumen Gentium*, n. 15

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, Sala Pablo VI, 28 de noviembre de 2007.

La cultura es la expresión del obrar humano en su historia; es la manifestación resultante de las relaciones del hombre con su ámbito en el plano individual y en el colectivo. Tal expresión tiene una orientación última dada por la religión y es precisamente esta orientación la que especifica cómo se relaciona el hombre con el Trascendente y con la historia.

Estos aspectos y los mencionados por el Papa Benedicto XVI en la cita apenas referida resaltan la capacidad que tiene la Iglesia Católica de crecer en cualquier cultura que acepte su mensaje y vivificar aún más los aspectos positivos que en ella se encuentren, pero aludimos a ello precisamente porque son prácticamente válidos para todas las confesiones cristianas. Es una fuerza común a todo el cristianismo y que la Iglesia Católica valora de modo especial¹⁶.

Existen dos elementos de tipo doctrinal específicos del catolicismo que están en relación con la cultura, en cuanto ofrecen un modo de configuración de la comunidad creyente por un dato de divina revelación: la jerarquía y el ministerio. Ambos tienen un carácter sobrenatural (sacramentalidad) que no es fruto de una simple estructura cultural o sociológica, cosa que haría de ellos modos de organización puramente funcionales.

Ministerio y jerarquía son vehículos de la verdad salvífica, y por lo mismo, elementos esenciales a la identidad y a la misión de la Iglesia Católica. Ambos se han configurado también histórica y culturalmente sin perder su esencia sobrenatural.

De hecho, la Iglesia Católica ha crecido en dos moldes culturales muy ricos y diversos entre sí: el occidente y el oriente, con sus diferentes ritos, tradiciones, etc. Hoy en día la Iglesia Católica mantiene su carácter de supra-culturalidad y desea seguir caminando hacia la unidad ofreciendo a los hombres de todas las culturas el mensaje de salvación de Jesucristo. Por esta razón, ella no puede ni debe renunciar a su jerarquía ni al ministerio sacramental a favor de una malentendida adaptación a la cultura de un país o región.

En conclusión, la verdad de salvación que entraña la naturaleza sacramental del ministerio y de la jerarquía en Iglesia Católica garantiza que la

¹⁶ Una muestra de ello es la reciente creación del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, cuyo objetivo principal es llevar adelante la reevangelización y la renovación cultural con los principios del evangelio de las Iglesias de antigua fundación. (Véase la Carta apostólica «motu proprio» *Ubicumque et Semper* de S.S. Benedicto XVI, del 21 de septiembre del 2010, con la cual se instituye dicho consejo pontificio).

voluntad salvífica de Cristo puede llegar a todo hombre, independientemente de su cultura, siempre que acepte tal oferta de salvación.

3. Su concepción del diálogo

El diálogo ecuménico no responde a una simple estrategia humana de comunicación para llegar a un consenso pacífico en la antinomia de la unidad entre los cristianos. Para la Iglesia Católica, el plan de salvación se presenta en forma de diálogo:

«El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: El es Amor; y cómo quiere ser honrado y servido por nosotros»¹⁷.

Así como la salvación es un don de Dios, la unidad es también un don de Él y que tenemos que pedir y buscar, dado que la hemos herido gravemente a lo largo de esta historia de salvación. El diálogo se presenta como una necesidad para encaminarnos hacia esta unidad, para rezar por ella y prepararnos a recibirla¹⁸.

La encíclica citada habla de cuatro niveles de diálogo: diálogo con la humanidad, con los que creen en Dios (es decir, con las religiones), entre las Iglesias cristianas y dentro de la Iglesia. Para nuestro cometido, conviene tener en cuenta que se trata de cosas diversas:

- El diálogo con la humanidad tiene que reproducir las características del diálogo de salvación apenas referido: es una iniciativa divina con destino universal, que respeta la libertad de cada uno y se desarrolla gradualmente; además debe desenvolverse en un clima de amistad. Es en esta esfera en donde la Iglesia católica pretende establecer un diálogo con las culturas, respetando y valorando todo lo que de bueno hay en ellas.

¹⁷ Cf. PABLO VI, *Carta Encíclica de S.S. Pablo VI Ecclesiam Suam, sobre la Iglesia*; 6 de agosto de 1964; n. 28.

¹⁸ Cf. JOINT WORKING GROUP RCC-WCC; estudio *The nature and Purpose of Ecumenical Dialogue*, n. 32; en "Information Service – The Pontifical Council for Promoting Christian Unity" 117 (2004/IV) p. 208.

- En el diálogo con las religiones recalca la necesidad del respeto hacia sus valores espirituales y morales, no sin advertir que, aun teniendo muchos aspectos en común al cristianismo, no están exentos de divergencias importantes.
- El diálogo con las Iglesias cristianas es el diálogo ecuménico.
- El diálogo en la vida interna de la Iglesia Católica se fundamenta en el ejercicio comunitario de la fe, de la caridad y de las obras, de modo que «se acreciente así la vitalidad y la santificación del Cuerpo Místico terrenal de Cristo»¹⁹.

Para nuestro objetivo, son de particular importancia el primer y el tercer círculos, pues es en ellos donde se debe tener como eje la identidad católica para un fructífero diálogo ecuménico en un mundo pluralista y globalizado.

En el primer círculo, la Iglesia Católica habla con la humanidad:

«Tenemos en común con toda la humanidad la naturaleza, es decir, la vida con todos sus dones, con todos sus problemas: estamos dispuestos a compartir con los demás esta primera universalidad; a aceptar las profundas exigencias de sus necesidades fundamentales, a aplaudir todas las afirmaciones nuevas y a veces sublimes de su genio»²⁰.

En virtud de que es “experta en humanidad”, la Iglesia es capaz de comprender las necesidades de los hombres de todos los tiempos y culturas; por ello desea que su mensaje de salvación confiado por Jesucristo llegue a penetrar la cultura, de modo que ésta se vivifique con los valores del Evangelio y ofrezca también un sentido último a las realidades temporales. Se trata pues de brindar una orientación sobrenatural a la cultura y que, teniéndola en cuenta, pueda dar lugar a iniciativas concretas para resolver los problemas del orden social que afligen a las sociedades. Por ello la Iglesia tiene interés en dialogar con todo el mundo.

Por lo que ve al diálogo ecuménico, son innumerables los documentos que ha emanado la Iglesia Católica al respecto, tanto internos como en modo conjunto con las diversas confesiones cristianas. Aquí solo mencionamos un aspecto que atañe particularmente a la relación de este diálogo con la cultura.

Como ya hemos dicho, el mundo con el que dialogan hoy las confesiones cristianas es un mundo fragmentado, multicultural y plurirreligioso.

¹⁹ PABLO VI, *Ecclesiam Suam* n. 45.

²⁰ *Ibid.* n. 36.

Las ideologías dominantes en gran parte del mundo durante la última mitad del siglo XX han creado un vacío de respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre. Así, el comunismo logró mermar considerablemente la idea de Dios en los países que estuvieron bajo su dictadura; los eventos del 68, en un afán de libertad a costa de todo se lanzaron al extremo opuesto poniendo toda autoridad en tela de juicio, propiciando el relativismo moral y religioso que reina actualmente en la mayoría de las sociedades. El P. Thomas Hopko, quien fuera decano del Seminario Teológico Ortodoxo de San Vladimir (Nueva York) y uno de los grandes expertos en ecumenismo comenta:

«Este nuevo universo de pensamiento, expresión y conducta es el resultado directo de la reducción del cristianismo por parte de la sociedad secularizada a una “religión” privatizada y encajonada, brillantemente criticada por Alexander Schmemmann [...] En la sociedad moderna secularizada, el lenguaje, las estructuras, los símbolos y los ritos del cristianismo clásico y bíblico quedan, mientras su contenido y su significado son radicalmente alterados. En la “deconstrucción” posmoderna de la cosmovisión moderna (a través de un radical existencialismo individual y cultural, la revolución sexual, la búsqueda de lo místico, la politización de la teología y de la ética y la explosión de la avaricia y del hedonismo espiritual y material) el lenguaje tradicional, las estructuras, los símbolos y los ritos son reproducidos en tal modo que su contenido y significado originales no se mantienen, sino que son remplazados por una nueva y total reconstrucción de la realidad»²¹.

Es en este ambiente de relativismo en el cual se cuestiona la representatividad del mensaje de Jesucristo en ámbito moral y religioso. Por esta razón las confesiones cristianas deben entablar un diálogo que tome en cuenta no sólo el común patrimonio cristiano, sino también las implicaciones y

²¹ «This new universe of thought, discourse and behavior is the direct result of modern secularized society’s reduction of Christianity to a privatized, compartmentalized “religion” so brilliantly criticized by Fr. Alexander Schmemmann [...] In modern secularized society, the language, structures, symbols and rites of classical, biblical Christianity remain, while their content and meaning are radically altered. In the post-modern “deconstruction” of the modern worldview – by way of radical personal and cultural existentialism, the sexual revolution, the mystical quest, the politicization of theology and ethics, and the explosion of material and spiritual hedonism and avarice – traditional language, structures, symbols and rites are recreated to the point where their original content and meaning no longer remain at all, but are replaced by a whole new reconstruction of reality» Cf. T. HOPKO, *Orthodoxy in Post- Modern Pluralistic Societies* in “The Ecumenical Review” (51) 4/1999, p 366.

consecuencias que la fragmentación de la cultura en culturas inconexas conlleva para la vida interna de las confesiones, tales como el crecimiento o disminución de la práctica religiosa, el influjo de las religiones no cristianas, el influjo de las corrientes de pensamiento laicistas en las costumbres de los creyentes, etc. Además, esto puede aportar luz para aquellos aspectos que a lo largo de la historia han sido motivo de diferencias considerables entre las confesiones, por ejemplo, sobre el modo de ejercer la autoridad de los pastores o el modo de agrupación y el reconocimiento recíproco entre las confesiones, la relación con el poder temporal, el modo de llevar adelante la labor social, etc.

III. Posibles pistas para una acción conjunta

Como hemos dicho anteriormente, la experiencia de vida y la identidad teológico-cultural de las confesiones cristianas son dos aspectos que no deben verse solamente como causa de la falta de unidad visible entre ellas, sino también como elementos que pueden enriquecerlas mutuamente en el camino hacia la unidad. Por eso el diálogo ha de ser predominantemente teológico sin olvidar que debe inculturarse.

Las confesiones cristianas tienen hoy un compromiso con el mundo: dar testimonio de Jesucristo con la propia vida en un mundo globalizado a través de la misión evangelizadora. Este fue el objetivo que impulsó los inicios del Movimiento Ecuménico en el siglo XX y la creación del WCC.

Este testimonio se ve profundamente debilitado precisamente por la falta de unidad. El mundo ignora nuestro mensaje porque proviene de la Iglesia de Cristo dividida. Es por ello que proponemos tres posibles pistas para una acción conjunta entre las confesiones, y las proponemos teniendo como fondo dos realidades: el estatuto del WCC como instancia privilegiada del diálogo ecuménico y la visión de la Iglesia Católica.

Ciertamente, no hay una total novedad en nuestra propuesta, pero creemos que el hecho de plantearlas desde este doble fondo, ayudará a revisar si estamos tratando de promover un diálogo que penetre en la cultura en la que viven y crecen las confesiones cristianas con el fin de crear un ambiente más propicio para el camino hacia la unidad.

1. Profundización teológica en la propia fe y en los conceptos Iglesia/koinonía

Un primer paso en el diálogo ecuménico es profundizar en el conocimiento de la propia fe y de aquellos elementos que nos acomunan a las confesiones cristianas. Sin un verdadero conocimiento de lo propio no se

pueden afrontar correctamente las divergencias que surgen precisamente de los distintos modos de entender e interpretar el patrimonio común. Sin conocer los términos de la antinómica división de los cristianos, no podremos llegar a una vía para llegar a su resolución. Unido a esto va la necesidad de un mejor conocimiento de la fe de las demás iglesias y comunidades cristianas, como un requisito para el diálogo.

Por otro lado, como han establecido repetidas ocasiones el WCC y la Iglesia Católica en distintos documentos, sean conjuntos que propios, las nociones que más se deben profundizar para llegar a un punto favorable de encuentro son las de Iglesia y la de *koinonia*.

El concepto *koinonia* hunde sus raíces en el Nuevo Testamento y constituyó la base doctrinal sobre la cual el Concilio Vaticano II reformuló la eclesiología católica. Son varias las iniciativas a este respecto, pero no está por demás hacer hincapié en que tal profundización teológica debe tener en cuenta los elementos culturales que han determinado su distinto desarrollo en las confesiones cristianas. Un ejemplo claro de esto es el concepto de “Patriarcado”, que si bien tiene como eje la *koinonia*, se comprende y se vive muy diversamente en la Iglesia Ortodoxa, en las Antiguas Iglesias de Oriente y en la Católica, mientras es irrelevante en las confesiones procedentes de la Reforma.

2. Diálogo desde la propia identidad teológico-cultural.

Muy unido a lo anterior, el diálogo ecuménico debe privilegiar la globalidad de lo que conforma la identidad teológico-cultural de las confesiones sobre el consenso al que se pueda llegar en materias no comunes.

El optar por llegar a un consenso implica dejar de lado lo que nos separa; esto encierra en sí el riesgo de dejar fuera aspectos de la identidad teológico-cultural que configura a las confesiones cristianas. Al inicio hablamos de la antinomia de la falta de unidad; lo que funda esa antinomia no son las diferencias en sí, sino la unidad real que de hecho existe entre las confesiones cristianas, aunque aún no sea perfecta y visible. El dejar fuera las diferencias doctrinales puede llevar a falsear las visiones recíprocas que tenemos unos de otros e incluso a interpretar negativamente aspectos que son signos de creatividad y riqueza particulares. El Directorio Ecuménico toca este punto de manera muy clara:

«Las partes en diálogo deben estar preparadas para aclarar ulteriormente sus ideas y modificar sus puntos de vista y modos de vivir y de actuar, permitiendo a sí mismos el dejarse guiar en esto por el auténtico amor y la verdad. La reciprocidad y el compromiso mutuo son elementos esenciales

del diálogo, y proporciona a los participantes el sentido de encontrarse juntos en una misma plataforma (UR 9). El diálogo ecuménico permite a los miembros de las diferentes iglesias y de las comunidades eclesiales conocerse unos a otros, identificar cuestiones sobre la fe y la práctica que comparten, así como los puntos en los que difieren. Quienes dialogan buscan entender las raíces de tales diferencias y valorar en qué medida ellas constituyen un obstáculo real para una fe común. Cuando las diferencias son reconocidas como una barrera real para la comunión, ellos tratan de encontrar vías para vencerlas a la luz de aquellos puntos que ya sostienen en común»²².

Obviamente, el diálogo ecuménico busca el consenso en las formulaciones conjuntas sobre aspectos doctrinales que nosacomunan, pero esto no debe hacerse desde una perspectiva “aséptica” en la que las diferencias no sean tomadas en cuenta y el diálogo se convierta en una conversación irenista que seque de raíz el intento de unidad real en Jesucristo. Sólo a través de la verdad entera llegaremos a ser el Cuerpo Místico de Cristo unido en Él.

También en el campo cultural existe el riesgo de caer en el irenismo. La dictadura del relativismo extiende su influencia en tal ámbito y pretende anular las diferencias en las orientaciones religiosas de las culturas como si no fueran relevantes; tal modo de pensar no reconoce nada como definitivo y lleva a los hombres a admitir como última medida de la realidad el propio yo y sus intereses.

Ante este ambiente más o menos generalizado en donde existe el cristianismo (principalmente en occidente), las confesiones cristianas deben ahondar en el conocimiento de la propia identidad y tener una actitud de sana autocrítica de modo que se puedan depurar factores que a lo largo de la historia han ido menoscabando la comprensión mutua o que han sido

²² «The parties in dialogue must be ready to clarify their ideas further, and modify their personal views and ways of living and acting, allowing themselves to be guided in this by authentic love and truth. Reciprocity and mutual commitment are essential elements in dialogue, as is also a sense that the partners are together on an equal footing (UR n. 9). Ecumenical dialogue allows members of different Churches and ecclesial Communities to get to know one another, to identify matters of faith and practice which they share and points on which they differ. They seek to understand the roots of such differences and assess to what extent they constitute a real obstacle to a common faith. When differences are recognised as being a real barrier to communion, they try to find ways to overcome them in the light of those points of faith which they already hold in common» PONTIFICAL COUNCIL FOR PROMOTING CHRISTIAN UNITY *Directory for the Application of Principles and Norms on Ecumenism* Rome, 1993, n. 172.

motivo de enfrentamiento. Esto ha sucedido, por ejemplo, cuando se han confrontado las concepciones sobre el tipo de relación que mantienen las diversas confesiones cristianas con el Estado. Tal relación no se configura de la misma manera en todas, sino que responde a factores culturales e históricos que han dejado sentir su influencia también en el plano doctrinal.

Un caso representativo de esto se dio con la confesión anglicana de Inglaterra, la cual desde su nacimiento en el siglo XVI han desarrollado su identidad cultural teniendo como eje la relación entre la religión y la soberanía del poder político. Algo análogo se dio entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa después de la caída del muro de Berlín: surgieron ciertos conflictos causados por una diversa concepción de la propia actividad misionera y de las diferentes comprensiones del vínculo existente entre la nación, el Estado y la Iglesia.

3. Testimonio de la caridad como punto de partida

Si el mayor obstáculo para la misión evangelizadora de las confesiones ha sido la falta de unidad, tenemos que empezar por proponer el testimonio de la caridad entre las confesiones. El diálogo ecuménico no se da solamente entre representaciones oficiales de las confesiones, sino entre los creyentes concretos que viven en una sociedad inmersos en una misma cultura. La caridad es el alma del ecumenismo espiritual y esta no puede ser una omisión de cara a los retos que se presentan para el siglo XXI.

En este campo, no dejan de ser iluminadoras algunas iniciativas que desde hace unos años se han dado a nivel parroquial en Italia²³.

En Valmontone, diócesis de Velletri-Segni, el párroco puso a disposición de la comunidad rumana ortodoxa la iglesia de Santa María para que tuvieran un lugar digno para el culto. Dada la necesidad espiritual de constituirse como comunidad ortodoxa, la representación rumana hizo la requisición de un lugar estable para el culto. El párroco, una vez aprobada la iniciativa por el Obispo de Velletri-Segni, comunicó la disponibilidad a los rumanos, quienes a su vez pidieron al Patriarcado de Bucarest que hiciera solicitud oficial para constituir una parroquia ortodoxa en el lugar. Además del elocuente gesto de caridad, el modo en que se hizo tal proceso demuestra la clara conciencia de la necesidad del trabajo conjunto.

Otro testimonio nos lo dan tres parroquias que establecieron una “hermandad ecuménica” (*ecumenical twinsip*). Se trata de las parro-

²³ Con datos de «Orientamenti Pastoral» (53) 4/2005, pp. 57-65.

quias católicas de San Donato y de Corpus Domini, ambas de la diócesis de Pesaro, y la *Freedens Kirke* en Aarhus, Dinamarca. Por iniciativa de un matrimonio mixto de Pesaro, se establecieron los primeros intercambios estudiantiles y culturales entre jóvenes italianos católicos y jóvenes daneses luteranos. En un par de años, las respectivas parroquias establecieron relaciones más profundas a nivel espiritual: intercambio de oraciones en la semana de oración por la unidad de los cristianos, mensajes en ocasión de las principales fiestas cristianas, etc. Actualmente, sostienen iniciativas conjuntas para ayudar a países del tercer mundo.

Estas son dos muestras muy significativas de un diálogo inculturado sobre sólidas bases doctrinales que respetan la identidad de cada parte. Un diálogo así construido, no solo logrará respetar las culturas, sino que incluso ayudará a trabajar para resolver problemas sociales comunes desde una instancia más profunda: el Evangelio de Cristo hecho vida en una cultura que se proyecta en la acción social animada por la caridad.

Conclusión

A lo largo de este estudio hemos analizado los puntos centrales de la identidad y misión del WCC, así como algunos elementos sobresalientes de la identidad teológico-cultural de la Iglesia católica con vistas a dar posibles pautas de respuesta a uno de los retos del movimiento ecuménico para el siglo XXI: el diálogo ecuménico inculturado.

La meta es clara: la unidad visible en el culto y los sacramentos. La unidad es un don de Dios y es por ello que debemos aspirar a ella. No podemos pretender presentarnos a la Mesa del Señor separados y por este motivo, la Eucaristía nos queda como un punto de llegada, no de partida.

Por otro lado, el WCC es muy consciente de la necesidad de revitalizar el diálogo teológico, como ya hemos dicho al citar el documento *GEN 11 Final Statement* en nuestro apartado I,3. Sin embargo, creemos que una verdadera revitalización del diálogo ecuménico se dará solamente si en lugar de tener en cuenta únicamente los aspectos sociales, se orienta hacia un enfoque teológico y cultural. Sólo una cultura renovada y transformada por el Evangelio será capaz de aportar algo significativo para el progreso social de una comunidad humana. Esta ha sido la historia del cristianismo: éste ha florecido en culturas con bagajes propios que han sido renovados y potenciados por el Evangelio; tomando lo bueno de cada cultura a lo largo de la historia, *nova et vetera*, la ha redimensionado y la ha hecho crecer en sus valores espirituales y sociales.

Si realmente deseamos un trabajo conjunto en el campo del ecumenismo, hoy más que nunca tenemos que dar prioridad al enfoque teológico cultural en el diálogo ecuménico –sin olvidar el dialogo de la vida diaria entre los creyentes- , de modo que el siglo XXI sea un tiempo de Dios en el que Él nos acerque hacia la meta del precioso don de la unidad.